

Ante el cuarto aniversario de la firma de los Acuerdos de Madrid —14 de noviembre de 1975—, por los que España entregó el territorio del Sáhara Occidental a Marruecos y Mauritania, el papel de nuestro país ha pasado de ser protagonista a antagonista para después llegar a comparsa. El comportamiento de los partidos que de repente «sufrieron el síndrome de levántate y anda», respecto del conflicto, y la actitud contradictoria del Gobierno son comentados en el trabajo cuando todavía, en las tierras calientes del desierto, se combate con fuerza.

Ante el triste aniversario de los Acuerdos de Madrid

## Los devaneos de nuestra política exterior

Tomás Mestre Vives

Ni el mundo es un ensamble de cortijos ni los pasteles a que propende el gobierno interior de un país son susceptibles de aplicarse a la escena exterior. En este ámbito se suele usar la mano izquierda poniendo atención para no pillarse los dedos. La buena voluntad no acompañada de un poderío adecuado, con disposición de usarlo llegado el caso, suele conducir a argumentos de epitafios de común observancia.

Entre los distintos puntos problemáticos y aún conflictivos de nuestra política exterior —Israel-palestinos-visita Arafat, OTAN, no alineados-La Habana, problema sahariano...— se destaca este último, tanto porque ya hace demasiado tiempo que nos escuece, cuanto por los replanteamientos que en los últimos tiempos se presencian en España unido a los giros y clarificaciones diplomático-militares de los últimos días.

Ya va por el cuarto año de los Acuerdos de Madrid (firmados el 14 de noviembre de 1975), que nos permitieron salir del gatuperio sahariano. No hubo en ello deshonra ni gloria, sino un mal trago y un mal menor. No debe olvidarse que todas las «partes interesadas» jugaban con España como se tira al pichón, y todo ello quedaba muy progresista, pero cuando inesperadamente nosotros decidimos jugar fuerte la interpreta-

ción siniestra se abrió camino.

### Partes interesadas

Quienes disparaban contra nosotros ni siquiera escondían la mano e incluso se disputaban la hazaña de reivindicar el oportuno cadáver. Los polisarios proyectaban su imagen publicando partes de guerra. Pero las «partes interesadas» nunca se mataban entre ellas. «Hay que echar a España, pero contamos con España para que nos entregue lo que es nuestro». Y como lo que es de uno no puede ser de otro debía haber sido evidente que si España se esfumaba, el pleito quedaría circunscrito entre las «partes interesadas».

La inesperada «marcha verde» puso en evidencia que la procesión iba por dentro del impasible general que nos gobernaba. La crisis que siguió fue paralela a la larga agonía del que monopolizaba el timón de la nave España. Sería Arias Navarro, el que luego leería y nos recomendaría entre lágrimas el «testamento» del General, quien empezaría a desfranquizar de golpe el punto más caliente de la herencia: la política sahariana de su amado Caudillo, jefe superior y oráculo inapelable. Con ello Arias abría la caja de las «traiciones» convirtiéndose por este

mero hecho y, en este caso, en un hombre de Estado. Sería la primera y última vez que le diría no a su dueño y señor, para desdichas de los Cortina Mauri y Piniés, más rigidamente programados.

Pero he aquí que los partidos antifranquistas por excelencia —PSOE y PCE— que durante la acumulación de la crisis estuvieron —o eran— ciegos, sordos, mudos y paralíticos, de pronto sufren el síndrome del levántate-y-anda y desde entonces es que no han parado ni un instante. Sus remordimientos han querido plasmarlos comprometiéndose al Estado, aún más, a la España eterna, para desgracia de todos. Para desgracia suya, a los remordimientos y a las tomas de posición a destiempo suele llamarse oportunismo. Tanto que ni siquiera airean el tema durante la campaña electoral. ¿Es que desfacer entuertos en el Sáhara no es rentable en las urnas?

### De protagonista a comparsa

España pasó en el Sáhara de protagonista a antagonista y de antagonista a comparsa. Lo definitivamente saludable es que pudiera pasar de comparsa a simple recuerdo ignorado. Sin embargo, el proceso seguido nos llevaba a una reinvolucración, sobre todo

a partir del viaje del secretario de Relaciones Internacionales de UCD a Argel y sus palabras pro Polisario (y se trataba de palabras de un diplomático que fichó por el partido del poder, no de un ginecólogo más o menos indocumentado, en igual cargo, purgado últimamente del partido de la competencia).

Marcelino Oreja se disparó automáticamente poniendo vaselina para remediarlo, pero luego sería el propio Adolfo Suárez el que, también en Argel, incurriría en aquel ya no desliz, desautorizando por tanto a su ministro de Asuntos Exteriores. Sin duda éste debió sentirse amenazado en su puesto, así que decidió pujar en la subasta rectificándose a sí mismo y poniéndose a tono con el presidente del Gobierno, quien poco antes lo había piropeado como el «mejor» ministro de Asuntos Exteriores que haya tenido España. Ni más ni menos. Desmadrado Oreja, soltó su conferencia de prensa medio fatídica nada menos que en «Le Monde». Marruecos ni siquiera tuvo que rugir. Los apaciguamientos llegaron con el mismo automatismo que después del invierno se reanuda la primavera.

Principio básico de cualquier política exterior es el de ser lo suficientemente fuertes como para imponer en la medida de lo posible el propio criterio o, en su defecto, ser lo suficientemente listos como para pasar inadvertidos una vez consumado un desenlace que ha levantado ampollas. Hace cuatro años evitamos lo peor sin haber llegado a lo mejor. Otra cosa es que por mecanismos de declaraciones y ritualismo nos encaminemos por un proceso de involucración, es decir, de empeoramiento.

Nuestra política exterior adolece de demasiados portavoces, demasiada charla y demasiado viaje. La diplomacia no sólo es hablar sin comprometerse, sino también permanecer callados cuando nada obliga a otra cosa. Y si no hay más remedio que decir cosas debe calibrarse de antemano si se está en situación de no tener que desdecirlas o «matizarlas» días u horas después. El prestigio se mantiene no desprestigiándose gratuitamente.